

KABUYA

*En la lucha ideológica
es absolutamente necesario
emplear el arma de la crítica*

La Investigación Social: ¿Para quién?, ¿Para qué?, ¿Cómo?



Cuando los estudiantes se encuentran más allá de la mitad de la carrera y enfrentan el hecho de que muy pronto tendrán que encontrar un tema para desarrollar la monografía de grado, comienzan a buscar en los libros o por la sugerencia de una amable profesor algo interesante y pueden pasar de un tema a otro sin mayor problema. Generalmente terminan haciendo lo que menos habían pensado, lo que se presenta a la mano, pues el tiempo comienza a acosar y la urgencia de obtener el grado se hace prioritaria.

Para unos pocos existe una preocupación porque su trabajo contribuya a dar respuestas a los graves problemas sociales, pero tampoco encuentran cómo hacerlo, se sienten perdidos y se dan cuenta que mucho de lo que aprendieron no sirve para nada, por lo menos a la hora de enfrentarse a la realidad.

No es que la monografía de grado sea la consagración de cada uno y marque por completo su quehacer posterior, pero lo que sí es cierto es que es un buen indicativo de lo que está pasando con la academia, a quién le está sirviendo, cómo está formando a los futuros investigadores sociales. Por esta razón presento a continuación algunas reflexiones para el debate.

¿Por qué buscar un “Tema” de Investigación?!

Es común escuchar a muchos intelectuales hablar de *temas* sociales, de *temáticas* de investigación: el *tema* del desempleo, el *tema* de la pobreza, el *tema* de las masacres, etc. Enajenados por completo de la realidad, la presentan como una vil sumatoria de temas. Con el cuento de profundizar en los diversos aspectos de la vida social, la descuartizan hasta hacerla pedazos, fragmentos inconexos unos con otros que resultan por tanto inútiles. Su idealismo y conservadurismo los lleva a creer que la realidad son los conceptos muertos salidos de sus petrificados cerebros en los cuales buscan amoldarla.

El desplazamiento, la tugurización de las ciudades, el desempleo, las masacres diarias en campos y ciudades, el robo de la tierra a los campesinos, el etnocidio y genocidio de comunidades indígenas, todos estos *problemas* que guardan una relación estrecha unos con otros, pues tienen una raíz común y, además, están condenando a millones de personas a la miseria y el desespero, son convertidos mágicamente por esos “expertos en la materia” en “interesantes” pero inútiles capítulos de libros.

Aparte de utilizar el sufrimiento de sus “objetos” de estudio para beneficio personal, ya sea para ganar prestigio o dinero, ninguno adquiere un compromiso real con la transformación de las condiciones sociales que producen ese sufrimiento. Y lo peor es que se escudan en la supuesta “cientificidad” y “objetividad” de la ciencia que los obliga, según ellos, a ser neutrales.

Estos intelectuales, tienen como se expresara Mariátegui de los catedráticos de su tiempo “*un estigma peor que el del analfabetismo, tienen el estigma de la mediocridad*”. Queriendo preservar el statu quo,

juzgan los diferentes aspectos de la vida social desde la posición privilegiada que el sistema les ha dado, creen que son ellos la medida de todas las cosas que existen. Sin esforzarse los más mínimo por ampliar la mente y careciendo de una visión panorámica de la realidad, se satisfacen simplemente con enumerar las apariencias de los diferentes fenómenos, olvidándose en escudriñarlos para encontrar su esencia.

Lo peor es que este tipo de catedráticos son los encargados de formar a las nuevas generaciones. Toda su mediocridad y vacilación la transmiten a diario en sus cursos pretendiendo que los estudiantes asuman esta actitud y posición frente a la realidad como si fuera la única y mejor posible.

Pero además, consecuente con lo anterior, la academia sumergida en el idealismo busca arrancar a los estudiantes de la vida social. Esta concepción del mundo considera que el conocimiento surge de la cabeza de “genios”, de “teóricos iluminados” y desecha la práctica social (entendida en el amplio sentido de la producción, la lucha de clases, la vida política, las actividades científicas y artísticas, en síntesis, la práctica del hombre como ser social), como *única* herramienta para conocer la realidad y a la vez comprobar la veracidad y validez de los conceptos y teorías elaborados, confrontándolos nuevamente con la realidad, en un proceso incesante de transformación de práctica en pensamiento y de pensamiento en práctica, es decir, “de la práctica a la teoría y de la teoría a la práctica”.

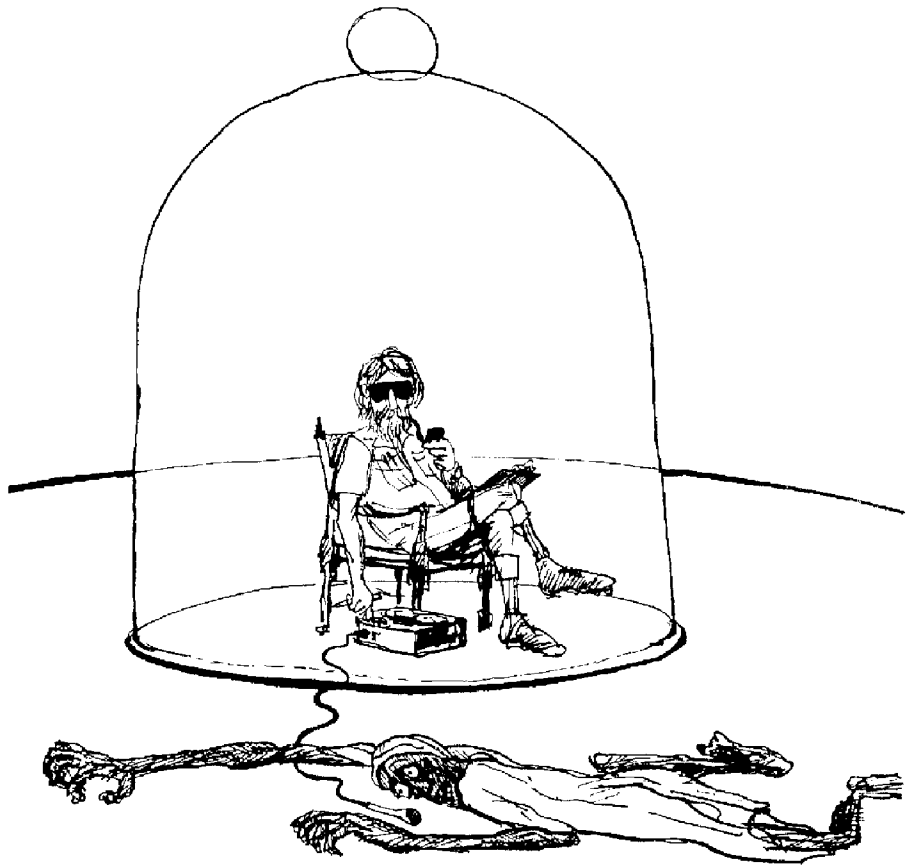
De esta manera, ¿qué razón hay para que los estudiantes atafagados con textos muertos que deben aprender de memoria para demostrar *su inteligencia*, se interesen por conocer la cruda realidad que vive el pueblo y se vinculen a él, poniéndose decididamente de su lado? Por lo menos desde el punto de vista de la academia, ninguna, pues según ésta el

conocimiento se adquiere solamente en los libros y en las frías aulas de clase.

Creciendo en este frío aislamiento, cuando los estudiantes se ven enfrentados a investigar no tienen cuestionamientos ni preguntas vivas para resolver problemas reales, que es el aspecto fundamental de una investigación, **conocer para transformar**, sino que tienen que *inventarse* un tema que suene original, así no sirva para mucho. Su quehacer no está determinado por las exigencias que la realidad misma impone, por la necesidad de conocer sus leyes para transformarla, sino básicamente por la moda, por el tema del día, por algo que llama la atención, por salir del paso, o como dicen algunos: ¡por lo que vende!.

Porque además, otro problema es que teorías como el postmodernismo, tan en boga entre los académicos de la actualidad, han ayudado a afianzar el individualismo y egoísmo. Todo el tiempo, de forma directa o indirecta, venden la idea del “auto-cultivo”, cada quien debe dedicar su vida a formarse “para ser alguien” o, como algunos le llaman, “encontrarse con uno mismo”, sin importarles lo que le pase al resto del mundo. Dicen que el compromiso con el pueblo “pasó de moda”, que es cosa de “dinosaurios”, que es el Individuo el que tiene el papel protagónico en la sociedad y como si esta fuera simplemente la suma de individuos que la componen, consideran que es al conocimiento y respeto de las diferentes individualidades a lo que hay que prestar la máxima atención.

Convencidos de esto y en medio de la alocada competencia que el sistema impone, lo único que le interesa a algunos estudiantes es sobresalir por encima del que sea y como sea, así sea haciendo del conocimiento y de ellos mismos mercancías que se ofrecen al mejor postor.



El conocimiento NO es neutral.

El problema no es solo que los “conocimientos” que surgen del idealismo no sirven para conocer la esencia de los fenómenos sociales, sino que además, y es su razón de ser, ocultan y justifican el actual orden de cosas ayudando a preservarlo. Porque el conocimiento no es como lo presenta la academia, un cúmulo de datos o una herramienta para utilizar a

voluntad de cada quién, sino que el conocimiento en una sociedad como la nuestra, dividida en clases sociales, tiene una marca, un sello de clase, sirve sólo a unos fines y propósitos determinados.

No es gratuito, por ejemplo, que se considere que el único conocimiento válido es el producido por la ciencia oficial. Tiene que ver, como lo plantea Andre Gorz, con que el capitalismo “llama *científico* al conocimiento y la habilidad que pueda ser sistematizada e incorporada a la cultura académica de la clase gobernante”, es decir, con lo que pueda ser integrado a las relaciones de producción del sistema capitalista, lo que tenga valor y pueda usar para sus fines, o sea, lo que sea práctico para el capitalismo. Basta recordar cómo el conocimiento de las plantas y hierbas utilizadas desde hace siglos por comunidades indígenas para la curación de enfermedades fue despreciado e ignorado como conocimiento válido hasta sólo hace unas décadas, cuando los grandes laboratorios farmacéuticos imperialistas comprendieron el gran botín de ganancias que representaba la selva amazónica y la explotación genética de estas plantas.

Las ciencias sociales oficiales han cumplido esa labor práctica que el capitalismo requiere. En ellas, su utilidad está dada fundamentalmente por la manera de presentar los sistemas sociales. La organización de la sociedad, la existencia de clases sociales, la explotación, opresión, etc., son consideradas como algo natural que tiene que ser dado por hecho y por tanto incambiable, o, en el mejor de los casos, imperfecciones del capitalismo que pueden corregirse con algunas reformas. Los deseos de cambio, las rebeliones contra el orden, las revoluciones, todo esto es visto como simples manifestaciones de “disfunción”, “anomalía”, negándoles así su papel de motores del desarrollo social.

La metodología y sus técnicas tienen un sello de clase

Y así como el conocimiento no es neutral, tampoco lo es la forma de conocer, es decir, el método utilizado para conocer. Existe una relación muy estrecha e inseparable entre el ¿para quién se conoce?, ¿para qué se conoce? y, ¿cómo se conoce?. Estas tres preguntas que generalmente no son tenidas en cuenta como tales, conforman una sola unidad metodológica, que determina el carácter de la investigación social.

Es muy frecuente que algunos académicos se valgan de un discurso sobre el servicio que su trabajo investigativo le presta a la gente; pueden decirlo una y otra vez, y hasta pueden “demostrar” que los resultados encontrados van a ser aplicados en políticas que supuestamente apuntan al bienestar de la comunidad. O sea, en el discurso pueden contestar a las preguntas ¿para quién? y ¿para qué? y justificar así su práctica investigativa. Pero, en el momento de confrontar el cómo se desarrolla su investigación, no vale ningún discurso, puesto que el proceso de conocimiento esta marcado por una concepción específica que refleja intereses de clase.

La objetalización que las relaciones de producción propias del capitalismo basadas en la ganancia producen sobre millones de personas, no solo en lo económico, obligando a que los obreros vendan su fuerza de trabajo como cualquier mercancía para adquirir un salario que apenas les sirva para sobrevivir, sino en lo político e ideológico, despojando a la mayoría de su voluntad de querer y de la conciencia sobre las causas de su propia situación, es reproducida y reforzada en otro terreno, el del conocimiento y la ciencia.

La metodología utilizada en la investigación social tradicional concibe a las comunidades estudiadas como objetos, reproduciendo las relaciones que el capitalismo y, hoy, el imperialismo, imponen sobre toda la sociedad.

El trabajo de campo con sus técnicas de investigación, es uno de los medios utilizados en la investigación social para reproducir esa objetualización.

El investigador llega a las comunidades considerándose el sujeto, capaz de conocer, analizar, decidir, pensar, etc., mientras que las comunidades son esa cosa extraña a la cual busca conocer y que por tanto no tiene voz, voluntad, ni capacidad de entenderse a sí misma.

A punta de malabarismo se gana la confianza de la comunidad, tratando de mostrarse como “una buena persona, franca, honesta, inofensiva y digna de confianza”, para comenzar a aplicar sin más pérdida de tiempo, las técnicas previamente elaboradas por él.

El es el único que puede establecer las preguntas e hipótesis de su investigación, no le importa qué necesidades y preguntas se esté haciendo la comunidad, si quiere o no alojar a un extraño, si considera o no que las entrevistas y encuestas son una agresión a su intimidad, eso son cosas que para el investigador se van resolviendo con otra técnica, que nunca se plantea como tal, ni es tan explícita: la astucia.

No es la comunidad la que requiere y necesita del investigador, es el investigador quién necesita de la comunidad; y la necesita sólo para confirmar lo que ya tiene por hecho y sacar el mayor provecho para su propio beneficio.

Necesita aplicar una serie de procedimientos para avalar las respuestas dadas de antemano. De ahí que las técnicas de investigación generalmente no sean transformadas en el mismo proceso de investigación, no se recreen con lo que la realidad les brinda, son inmodificables pues, al contrario de amoldarse a las exigencias de la realidad, lo que buscan es acomodar la realidad a su reducido marco. Paul Thompson se refiere a la encuesta clásica que “*se basa en la eficacia y relevancia de una serie de preguntas elegidas de una vez por todas, determinadas por la hipótesis al comienzo de la investigación...*” y señala cómo se queda “*inmovilizada ante cualquier descubrimiento importante que desafíe sus propios términos*”.

Acorde con la objetualización de las comunidades, la investigación social tradicional parte de la consideración de que el conocimiento que de sí mismas puedan tener las comunidades estudiadas no tiene mucha validez. Argumentan que las comunidades por ser “juez y parte” no pueden tener un conocimiento “objetivo” de ellas mismas, sólo el investigador, que además de ser externo tiene un



bagaje teórico, es capaz de adquirir el conocimiento de ellas.

A parte del desbordado idealismo que refleja este planteamiento, lo que oculta es el hecho, de que las condiciones a las que son llevadas millones de personas por el tipo de relaciones capitalistas, entre otras la objetualización, son precisamente la base para que estos se transformen en sujetos históricos, es decir, que son ellos mismos quienes tienen el potencial de conocer su propia realidad para transformarla acorde con sus propios intereses. Jean Duvignaud lo expresa de la siguiente manera y aunque se refiere al caso de la antropología, este planteamiento puede extenderse a todas las consideradas ciencias sociales: *“La actitud antropológica que no tiene en cuenta de ninguna manera la capacidad de los hombres examinados para modificar su situación concreta está condenada a muerte”*.

La conciencia de lucha de clases abre la puerta a una nueva forma de conocer

A pesar de lo que la academia diga o deje de decir, a pesar de lo que muchos desean, lo cierto es que la realidad social por ser objetiva, es decir, por existir independiente de la conciencia de los hombres, permanece confrontándonos a diario; así cerremos los ojos, la realidad sigue ahí. Los problemas sociales y las injusticias están a diario llamándonos a tomar partido.

Algunos alegarán que tienen la libertad de escoger los *temas* que quieran, que nadie los puede obligar a tomar partido. Eso es algo que se oye frecuentemente no solo dentro de los profesores sino entre los estudiantes. Por ejemplo, en el FELAA (Foro de Estudiantes Latinoamericano de Antropología y Arqueología) realizado en Bogotá hace algunos años, varios estudiantes de diferentes países se

opusieron a quienes abogaban por una antropología comprometida con el pueblo, con el argumento de que cada quien es libre de pensar lo que quiera. Lo paradójico y hasta ridículo del asunto, es que todos los que hicieron ese llamado, viniendo de lugares tan distantes, con condiciones diferentes y muchos de los cuales era la primera vez que se veían, repetían como cotorras la *misma* carreta sobre el “fin de la historia”, “los imaginarios colectivos”, etc. Realmente, muy poco originales, porque toda esa palabrería es el discurso puesto de moda por el imperialismo, para ocultar las relaciones sociales de explotación y opresión que mantiene sobre millones de personas en el planeta.

Así que no es tan cierta esa libertad que algunos pregonan. Al contrario, el menos libre es aquel que ignora que su quehacer, independiente de su voluntad, le sirve a ciertos intereses de clase. Andar a ciegas y creer que el quehacer académico no tiene nada que ver con la lucha de clases que se desenvuelve en la sociedad hace inútil, por lo menos para el beneficio de la mayoría, cualquier investigación que se proponga.

El desenvolvimiento de la lucha de clases, aspecto principal de la práctica social es lo que determina el carácter general de la academia. En la actualidad cuando el movimiento popular y revolucionario en el mundo entero ha tenido un tropiezo momentáneo y la derecha ha tomado la iniciativa en todos los terrenos, en la academia se ha reflejado del tal modo que teorías que se habían dado por superadas por su evidente veneno reaccionario y conservador han resurgido con nuevas caretas haciéndose pasar como novísimas teorías que explican el actual mundo. Hasta se ha llegado al descaro de considerar que toda basura metafísica como la astrología es digna de ser dictada en la universidad, y a un conocido antropólogo, Mauricio Puerta, se le ha dado el aval para que funde su propia universidad de astrología.

Pero también cuando ha sido el movimiento revolucionario y popular el que ha tenido la iniciativa como en los años 60, muchos intelectuales por todo el mundo fueron arrastrados por esta ola y surgieron explicaciones científicas de muchos aspectos de la vida social y de la naturaleza que aportaban a estas luchas populares. Por ejemplo, la antropología sólo replanteo su quehacer, por lo menos formalmente, por las luchas de liberación y los movimientos indígenas y campesinos que se dieron desde los años 40 en todo el mundo. Sólo ahí, cuando sus “objetos” de estudio cobraron vida y se transformaron a sí mismos, mandando a la basura los conceptos petrificados sobre la supuesta inmutabilidad cultural de estas sociedades y, con estos, a los antropólogos mismos que se resistían a cambiar su vieja visión, la antropología debió acomodarse a la realidad (repito, por lo menos de manera formal) para dar paso a nuevas interpretaciones.

Ese es un aspecto muy importante, la intromisión y el papel de las ciencias sociales en las diversas comunidades, no se ha dado de manera lineal, ni pasiva, sin encontrar obstáculos, sin encontrar resistencia. Las comunidades han resistido de una u otra forma y han desarrollado también una serie de técnicas para quitarse de encima a los fastidiosos “extraños”. Desde el mentir en las respuestas de entrevistas y formularios, hasta negar la entrada o echar a patadas a los intrusos, todas han sido formas de resistencia, que han llevado a que algunos científicos sociales se planten su papel dentro de las comunidades y han puesto en el debate la manera como los investigadores asumen su “objeto” de estudio.

Pero también es cierto que un cambio *radical* (de raíz) en el papel de la

academia no se va a dar sino cambiando las estructuras mismas que la generan, destruyendo las relaciones de explotación y opresión existentes y construyendo nuevas relaciones sociales. Un cambio como estos por supuesto, no lo harán posible los actuales intelectuales que se derriten de placer ante su imagen en el espejo como narcisos necios y egoístas, sino que surgirá del fondo de aquellos que la academia considera los “objetos” de su quehacer.

Los estudiantes que quieran tomar partido por este cambio tendrán que asumir conscientemente la lucha de clases y ponerse decididamente del lado de los oprimidos y explotados. Tendrán que dar una lucha por desechar la posición de la falsa neutralidad de la ciencia, y con ella de la supuesta “objetividad” que sirve para ocultar los diferentes intereses de clase del conocimiento. Tendrán que bregar porque su trabajo académico esté estrechamente ligado a las necesidades del pueblo, por desarrollar una práctica investigativa que parta de considerar a las comunidades, no como el objeto sino, por el contrario, como el sujeto histórico; por vincularse a ellas ya no como una simple estrategia para extraer conocimiento para provecho personal, sino por una identidad de clase y una identidad en las luchas que éstas libran a diario contra el sistema. Necesitarán desarrollar nuevos caminos de conocer, extrayendo lo positivo y desechando lo negativo de las “viejas” formas, confrontando su conocimiento con el conocimiento de las comunidades y avanzando junto a ellas en la lucha por transformar la realidad misma y transformarse a sí mismos.

Solamente así, el quehacer como investigadores sociales cobrará algún sentido, y comenzará a abrirse una posibilidad para que la investigación social, por lo menos la que desarrollen algunos individuos, no sea inútiles capítulos de libros, sino contribuya *modestamente* con los cambios necesarios que esta sociedad espera.